

§. IV.

Llámase Cristo esposo, y explicase cómo lo es de la Iglesia, y las circunstancias de este desposorio.

Tres cosas son, Juliano y Sabino, las que este nombre de ESPOSO nos da á entender, y las de que nos obliga á tratar. El ayuntamiento y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia: la dulzura y deleite que en ella nace de aquesta unidad: los accidentes, y como si dijésemos, los aparatos y circunstancias del desposorio. Porque si Cristo es ESPOSO de toda la Iglesia y de cada una de las ánimas justas, como de hecho lo es, manifiesto es, que han de concurrir en ello aquestas tres cosas. Porque el desposorio ó es un estrecho nudo, en que dos diferentes se reducen en uno, ó no se entiende sin él: y es nudo por muchas maneras dulce; y nudo que quiere su cierto aparato, y á quien le anteceden siempre, y le siguen algunas cosas dignas de consideración. Y aunque entre los hombres hay otros títulos y otros conciertos, ú ordenados por su voluntad de ellos mismos, ó con que naturalmente nacen así, con que se ayuntan en uno unas veces más, y otras menos (porque el título de deudo, ó de padre, es unidad que hace la naturaleza con el parentesco, y los títulos de Rey, y de ciudadano, y de amigo, son respetos de estrechezas, con que por su voluntad los hombres se adunan) mas aunque esto es así, el nombre de ESPOSO, y la verdad de este nombre hace ventaja á los demás en dos cosas. La primera, en que es más estrecho y de más unidad que ninguno: la segunda, en que es lazo más dulce, y causador de mayor deleite que todos los otros.

Y en aqueste artículo es muy digna de considerar la maravillosa blandura, con que ha tratado Cristo á los hombres: que con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médico, y allegarse á nosotros, y ayuntarnos á sí con otros mil títulos de estrecha amistad; no contento con todos, añadió á todos ellos aqueste nudo y aqueste lazo también, y quiso decirse y ser nuestro ESPOSO. Que para lazo es el más apretado

lazo, y para deleite el más apacible y más dulce, y para unidad de vida el de mayor familiaridad, y para conformidad de voluntades el más uno, y para amor el más ardiente y el más encendido de todos. Y no sólo en las palabras, más en el hecho es así nuestro ESPOSO, que toda la estrechez de amor y de conversación y de unidad de cuerpos, que en el suelo hay entre dos marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este ESPOSO, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el espíritu, mas en este su mismo espíritu de Cristo se da y se traspasa á los justos: como dice San Pablo (I. ad Corinth. cap. vi, v. 17.): *El que se ayunta á Dios, hácese un mismo espíritu con Dios.* En el otro así dos cuerpos se hacen uno, que se quedan diferentes en todas sus cualidades: más aquí así se ayuntó la persona del Verbo á nuestra carne, que osa decir San Juan (Joan. cap. i, v. 14.), *que se hizo carne.* Allí no recibe vida el un cuerpo del otro: aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo. Allí al fin son dos cuerpos en humores é inclinaciones diversos: aquí ayuntando Cristo su cuerpo á los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir á ser con Él cuasi un cuerpo mismo, por una tan estrecha y secreta manera, que apenas explicarse puede. Y así lo afirma y encarece San Pablo (Ad Ephes. cap. v, vv. 29 y 32). *Ninguno, dice, aborreció jamás á su carne, antes la alimenta y la abriga, como Cristo á la Iglesia: porque somos miembros de su cuerpo, de su carne de Él, y de sus huesos de Él. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se ayuntará á su mujer, y serán dos en una carne. Este es un secreto y un sacramento grandísimo, mas enténdolo yo en la Iglesia con Cristo.*

Pero vamos declarando poco á poco, cuanto nos fuere posible, cada una de las partes de aquesta unidad maravillosa, por la cual todo el hombre se enlaza estrechamente con Cristo, y todo Cristo con él. Porque primeramente el ánima del hombre justo se ayunta y se hace una con la divinidad y con el alma de Cristo, no solamente porque las anuda el amor, esto es, porque el justo ama á Cristo entrañablemente, y es amado de Cristo por no menos cordial y entrañable manera; sino también por otras muchas razones. Lo uno, porque im-

prime Cristo en su alma de Él, y le dibuja una semejanza de sí mismo viva, y un retrato eficaz de aquel grande bien, que en sí mismas contienen sus dos naturalezas humana y divina. Con la cual semejanza figurado nuestro ánimo, y como vestido de Cristo, parece otro Él, como poco há que decíamos hablando de la virtud de la gracia. Lo otro, porque demás de esta imagen de gracia, que pone Cristo como de asiento en nuestra alma, le aplica también su fuerza y su vigor vivo y que obra, y lánzalo por ella toda: y apoderado así de ella, dale movimiento, y despiértala, y hácela que no repose, sino que conforme á la santa imagen suya, que impresa en sí tiene, así obre, y se menee, y bulla siempre, y como fuego arda y levante llama, y suba hasta el cielo ensalzándose. Y como el artífice, que como alguna vez acontece, primero hace de la materia que le conviene, lo que le ha de ser instrumento en su arte, figurándolo en la manera que debe para el fin que pretende; y después cuando lo toma en la mano, queriendo usar de él, le aplica su fuerza y le menea, y le hace que obre conforme á la forma de instrumento que tiene y conforme á su cualidad y manera; y en cuanto está así el instrumento, es como un otro artífice vivo, porque el artífice vive en él, y le comunica, cuanto es posible, la virtud de su arte: así Cristo después que con la gracia, semejanza suya, nos figura y concierta en la manera que cumple, aplica su mano á nosotros, y lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar de ella nosotros sin le hacer resistencia, obra Él y obramos con Él y por Él lo que es debido al ser suyo que en nuestra alma está puesto, y á las condiciones hidalgas y al nacimiento noble que nos ha dado: y hechos así otro Él, ó por mejor decir, investidos en Él, nace de Él y de nosotros una obra misma, y esa cual conviene que sea la que es obra de Cristo.

Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se anuda Cristo á nuestra alma? Antes pasa adelante. Porque (y sea esto lo tercero, y lo que ha de ser forzosamente lo último) porque no solamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dicho, mas también por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu santo en cada uno de los ánimos justos. Y no sola-

mente se junta con ellos por los buenos efectos de gracia y de virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo Espíritu divino suyo está dentro de ellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera. Que así como en la divinidad el Espíritu santo, inspirado juntamente de las Personas del Padre y del Hijo, es el amor, y como si dijésemos, el nudo dulce y estrecho de ambas, así Él mismo inspirado á la Iglesia, y con todas las partes justas de ella enlazado, y en ellas morando, las vivifica, y las enciende, y las enamora, y las deleita, y las hace entre sí y con Él una cosa misma. *Quien me amare*, dice Cristo (Joan. cap. xiv, v. 23.), *será amado de mi Padre, y vendremos á El, y harémos morada en El*. Y San Pablo (Ad. Rom. c. v, v. 5.): *La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado*. Y en otra parte dice (I. ad Cor., c. iii, v. 16. et c. vi, v. 19.), que nuestros cuerpos son templo suyo, y que vive en ellos y en nuestros espíritus. Y en otra (Ad Rom., c. viii, v. 15.), que nos dió el Espíritu de su Hijo, que en nuestras almas y corazones á boca llena le llama Padre y más Padre. Y como aconteció á Eliseo (iv. Reg. cap. iv, v. 31.) con el hijo de la huéspeda muerto, que le aplicó primero su báculo, y se ajustó con él después, y lo último de todo le comunicó su aliento y espíritu; así en su manera es lo que pasa en este ayuntamiento y en este abrazo de Dios. Que primero pone Dios en el alma sus dones, y después aplica á ella sus manos y rostro, y últimamente le infunde su aliento y espíritu, con el cual la vuelve á la vida del todo, y viviendo á la manera que Dios vive en el cielo, y viviendo por Él, dice con San Pablo (Ad Galat. cap. ii, v. 20): *Vivo yo, mas no yo, sino vive en mí Jesucristo*.

Esto pues es lo que hace en el alma, y no es menos maravilloso que esto lo que hace con el cuerpo, con el cual ayunta el suyo estrechísimamente. Porque demás de que tomó nuestra carne en la naturaleza de su humanidad, y la ayuntó con su persona divina con ayuntamiento tan firme que no será suelto jamás, el cual ayuntamiento es un verdadero desponsorio, ó por mejor decir un matrimonio indisoluble celebrado entre nuestra carne y el Verbo, y el tálamo donde se celebró

fué, como dice San Agustín (1), el vientre purísimo: así que dejando esta unión aparte que hizo con nuestra carne, haciéndola carne suya, y vistiéndose de ella, y saliendo en pública plaza en los ojos de todos los hombres abrazado con ella; también esta misma carne y cuerpo suyo, que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia, y con todos los miembros de ella, que debidamente le reciben en el sacramento del altar, allegando su carne á la carne de ellos, y haciéndola, cuanto es posible, con la suya una misma (Ad Eph. c. v, vv. 31, 32.): *Y serán, dice, dos en una carne. Gran sacramento es este, pero entendiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia.* No niega San Pablo, decirse con verdad de Eva y de Adán aquello, *y serán una carne los dos*, de los cuales al principio se dijo; pero dice, que aquella verdad fué semejanza de aqueste otro hecho secreto. Y dice, que en aquello la razón de ello era manifiesta y descubierta razón; mas aquí dice que es oculto misterio.

Y á este ayuntamiento real y verdadero de su cuerpo y el nuestro miran también claramente aquellas palabras de Cristo (Joan. c. vi, vv. 54, 55.): *Si no comiéredes mi carne, y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros.* Y luégo, ó en el mismo lugar: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, queda en Mí, y Yo en él.* Y ni más ni ménos lo que dice San Pablo (1. ad Cor. c. x, v. 17.): *Todos somos un cuerpo, los que participamos de un mismo mantenimiento.* De lo cual se concluye, que así como por razón de aquel tocamiento son dichos ser una carne Eva y Adán, así y con mayor razón de verdad, Cristo esposo fiel de su Iglesia, y ella esposa querida y amada suya, por razón de este ayuntamiento que entre ellos se celebra, cuando reciben los fieles dignamente en la hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Teodoreto sobre el principio de los Cantares (Luégo al principio del lib. i.), y sobre aquellas palabras de ellos (Cant. c. i, v. 1.): *Bésemos de besos de su boca*, en este propósito dice de esta manera. *No es razón que ninguno se ofenda de aquesta palabra de beso, pues es verdad que al tiempo que se dice la misa,*

(1) *In Joan. Evang. Tract. VIII. núm. 4. edit. Bened. An. 1700. tomo III, part. 2.ª col. 258.*

y al tiempo que se comulga en ella, tocamos al cuerpo de nuestro ESPOSO, y le besamos, y le abrazamos, y como con ESPOSO así nos ayuntamos con Él. Y San Crisóstomo dice más larga y más claramente lo mismo (1) *Somos, dice (S. Pablo, ad Ephesios, c. v, v. 30.), un cuerpo, y somos miembros suyos hechos de su carne, y hechos de sus huesos. Y no sólo por medio del amor somos uno con Él, mas realmente nos ayunta, y convierte en su carne por medio del manjar de que nos ha hecho merced. Porque como quisiese declararnos su amor, enlazó y como mezcló con su cuerpo el nuestro, é hizo que todo fuese uno, para que así quedase el cuerpo unido con su cabeza, lo cual es muy propio de los que mucho se aman. Y así Cristo para obligarnos con mayor amor, y para mostrar más para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que le aman, sino quiere ser también tocado de ellos, y ser comido, y que con su carne se engiera la de ellos: como diciéndoles: Yo desee y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vestí como vosotros de carne y de sangre; y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, eso mismo yo agora os lo doy y comunico.* —

Aquí Juliano, asiendo de la mano de Marcelo, le dijo: No os canséis en eso, Marcelo, que lo mismo que dicen Teodoreto y Crisóstomo, cuyas palabras nos habéis referido, lo dicen por la misma manera cuasi toda la antigüedad de los Santos, San Ireneo, San Hilario, San Cipriano, San Agustín, Tertuliano, Ignacio, Gregorio Niseno, Cirilo, León, Phocio, y Teofilacto. Porque así como es cosa notoria á los fieles, que la carne de Cristo debajo de los accidentes de la hostia, recibida por los cristianos, y pasada al estómago, por medio de aquellas especies toca á nuestra carne, y es nuestra carne tocada de ella: así también es cosa en que ninguno que lo hubiere leído puede dudar, que así las sagradas letras como los santos doctores usan por esta causa de aquesta forma de hablar, que es decir, que somos un cuerpo con Cristo, y que nuestra carne es de su carne, y de sus huesos los nuestros; y que no solamente en los espíritus, mas también en los cuerpos estamos todos ayuntados y unidos. Así que estas dos cosas ciertas son, y fuera de toda duda están puestas. Lo que agora,

(1) *Ad Pop. Antioch. Hom. LXI.*

Marcelo, os conviene decir, si nos queréis satisfacer, ó por mejor decir, si deseáis satisfacer al sujeto que habéis tomado, y á la verdad de las cosas, es declarar, cómo por sólo que se toque una carne con otra, y sólo porque el un cuerpo con el otro cuerpo se toquen, se puede decir con verdad, que son ambos cuerpos un cuerpo, y ambas carnes una misma carne, como las sagradas letras y los santos doctores, que así las entienden, lo dicen. Por ventura no toco yo agora con mi mano á la vuestra; mas no por eso son luégo un mismo cuerpo, y una misma carne, vuestra mano y mi mano?

No lo son sin duda, dijo Marcelo entonces, ni menos es un cuerpo y una carne la de Cristo y la nuestra, solamente porque se tocan, cuando recibimos su cuerpo. Ni los santos por solo este tocamiento ponen esta unidad de cuerpo entre Él y nosotros (que los pecadores, que indignamente le reciben, también se tocan con Él) sino porque tocándose ambos, por razón de haber recibido dignamente la carne de Cristo, y por medio de la gracia que se da por ella, viene nuestra carne á remedar en algo á la de Cristo, haciéndosele semejante. — Eso, dijo Juliano entónces, dejando á Marcelo, nos dad más á entender. — Y Marcelo callando un poco, respondió luégo de esta manera: Quedará muy entendido, si yo, Juliano, hiciere agora clara la verdad de dos cosas. La primera, que para que se diga con verdad que dos cosas son una misma, basta que sean muy semejantes entre sí. La segunda, que la carne de Cristo, tocando á la carne del que le recibe dignamente en el sacramento, por medio de la gracia que produce en el alma, hace en cierta manera semejante nuestra carne á la suya. — Si vos probáis eso, Marcelo, respondió Juliano, no quedará lugar de dudar. Porque si una grande semejanza es bastante para que se digan ser unos los que son dos; y si la carne de Cristo, tocando á la nuestra, la asemeja mucho á sí misma: clara cosa es, que se puede decir con verdad, que por medio de este tocamiento venimos á ser con Él un cuerpo y una carne. Y á lo que á mí me parece, Marcelo, en la primera de esas dos cosas propuestas no tenéis mucho que trabajar ni probar. Porque cosa razonable y conveniente parece, que lo muy semejante se llame uno mismo, y así lo solemos decir. —

Es conveniente, respondió Marcelo, y conforme á razón,

y recibido en el uso común de los que bien sienten y hablan. De dos cuando mucho se aman, por ventura no decimos, que son uno mismo, y no por más de porque se conforman en la voluntad y querer? Luego si nuestra carne se despojare de sus cualidades, y se vistiere de las condiciones de la carne de Cristo, serán como una ella y la carne de Cristo: y demás de muchas otras razones, será también por esta razón carne de Cristo la nuestra, y como parte de su cuerpo, y parte muy ayuntada con Él. De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en sustancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en la color, y en los efectos lo es: pues así para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una sustancia misma con Él, bien le debe bastar el estar acondicionado como Él. Y para traer á comparación lo que más vecino es y más semejante, ¿no dice á boca llena San Pablo (1. ad Cor. c. vi, v. 17.), que *el que se ayunta con Dios, se hace un espíritu con Él?* Y no es cosa cierta, que el ayuntarse con Dios el hombre no es otra cosa sino recibir en su alma la virtud de la gracia, que como ya tenemos dicho otras veces, es una cualidad celestial, que puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios, y la figura muy á su semejanza? Pues si al espíritu de Dios y al nuestro espíritu los dice ser uno el predicador de las gentes por la semejanza suya que hace en el nuestro el de Dios; bien bastará para que se digan nuestra carne y la carne de Cristo ser una carne, el tener la nuestra (si lo tuviere) algo de lo que es propio y natural á la carne de Cristo.

Son un cuerpo de república y de pueblo mil hombres en linaje extraños, en condiciones diversos, en oficios diferentes, y en voluntades é intentos contrarios entre sí mismos, porque los ciñe un muro, y porque los gobierna una ley: y dos carnes tan juntas, que traspasa por medio de la gracia mucho de su virtud y de su propiedad la una en la otra, y cuasi la embebe en sí misma, no serán dichas ser una? Y si en esto no hay que probar por ser manifiesto, como, Juliano, decis; cómo puede ser oscuro ó dudoso lo segundo que propuse, y que después de aquesto se sigue? Un guante oloroso raído por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en

ella, y apartado de ella lo deja allí puesto: y la carne de Cristo virtuosísima y eficacísima estando ayuntada con nuestro cuerpo, é hinchendo de gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud á nuestra carne? Qué cuerpo estando junto á otro cuerpo, no le comunica sus condiciones? Este aire fresco que agora nos toca, nos refresca; y poco antes de agora, cuando estaba encendido, nos comunicaba su calor, y encendía. Y no quiero decir que esta es obra de naturaleza, ni digo que es virtud que naturalmente obra, la que acondiciona nuestro cuerpo y le asemeja al cuerpo de Cristo; porque si fuese así, siempre y con todos aquellos á quien tocase, sucedería lo mismo; mas no es con todos así, como parece en aquellos que le reciben indignos. En los cuales el pasar atrevidamente á sus pechos sucios el cuerpo santísimo de Jesucristo, demás de los daños del alma, les es causa en el cuerpo de malos accidentes y de enfermedades, y á las veces de muerte, como claramente nos lo enseña San Pablo.

Ansí que no es obra de naturaleza aquesta, mas es muy conforme á ella, y á lo que naturalmente acontece á los cuerpos, cuando entre sí mismos se ayuntan. Y si por entrar la carne de Cristo en el pecho no limpio, ni convenientemente dispuesto, como agora decía, justamente se le destempla la salud corporal á quien así le recibe; cuando por el contrario estuviere bien dispuesto el que la recibiere, ¿cómo no será justo que con maravillosa virtud, no sólo le santifique el alma, mas también con la abundancia de la gracia que en ella pone, le apure el cuerpo, y le avecine á sí mismo todo cuanto pudiere? Que no es más inclinado al daño que al bien, el que es la misma bondad; ni el bien hacer le es dificultoso, al que con el querer solo lo hace. Y no solamente es conforme á lo que la naturaleza acostumbra, mas es muy conveniente y muy debido á lo que piden nuestras necesidades. ¿No decíamos esta mañana, que el soplo de la serpiente, y aquel manjar vedado y comido nos desconcertó el alma, y nos emponzoñó el cuerpo? Luego convino que este manjar, que se ordenó contra aquel, pusiese no solamente justicia en el alma, sino también por medio de ella santidad y pureza celestial en la carne: pureza digo que resistiese á la ponzoña primera, y la desarraigase poco á poco del cuerpo. Como dice San Pablo (1. ad Cor.,

c. xv, v. 22.): *Ansí como en Adám murieron todos, ansí cobraron vida en Jesucristo.* En Adám hubo daño de carne y de espíritu, y hubo inspiración del demonio espiritual para el alma, y manjar corporal para el cuerpo. Pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio ha de ir por las pisadas del daño; necesario es, que Cristo en ambas á dos cosas produzca salud y vida, en el alma con su espíritu, y en la carne ayuntando á ella su cuerpo. Aquella manzana pasada al estómago ansí destempló el cuerpo, que luégo se descubrieron en él mil malas cualidades más ardientes que el fuego: esta carne santa allegada debidamente á la nuestra por virtud de su gracia, produzca en ella frescor y templanza. Aquel fruto atoxicó nuestro cuerpo con que viene á la muerte: esta carne comida enriquezcanos ansí con su gracia, que aún descienda su tesoro á la carne, que la apure, y le dé vida, y la resucite.

Bien dice acerca de esto San Gregorio Niseno (1): *Ansí como en aquellos que han bebido ponzoña, y que matan su fuerza mortífera con algún remedio contrario, conviene que conforme á como hizo el veneno, ansí mismo la medicina penetre por las entrañas, para que se derrame por todo el cuerpo el remedio: ansí nos conviene hacer á nosotros: que pues comimos la ponzoña que nos desata, recibamos la medicina que nos repara, para que con la virtud de esta desechemos el veneno de aquella. Mas esta medicina cuál es? Ninguna otra sino aquel santo cuerpo que sobrepujó á la muerte, y nos fué causa de vida. Porque ansí como un poco de levadura, como dice el Apóstol (1. Ad Cor. c. v, v. 8), asemeja á sí á toda la masa; ansí aquel cuerpo á quien Dios dotó de inmortalidad; entrando en el nuestro, le traspasa en sí todo, y le muda. Y ansí como lo ponzoñoso con lo saludable mezclado, hace á lo saludable dañoso, ansí al contrario, este cuerpo inmortal á aquel de quien es recibido, le vuelve semejantemente inmortal.* Esto dice Niseno. Mas entre todos San Cirilo lo dice muy bien (2): *No podía, dice, este cuerpo corruptible traspasarse por otra manera á la inmortalidad y á la vida, sino siendo ayuntado á aquel cuerpo, á quien es como suyo el vivir. Y si á mí no me crees, da fe á Cristo, que dice (Joan., c. vi, vv. 54 y 55):*

(1) *Orat. Catech. quæ dicitur magna, cap. 37.*

(2) *Cyrl. Alex. in Joan., Evang., lib. iv., cap. 14. et 15.*

Sin duda os digo, que si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y si no bebiéredes su sangre, no tendréis vida en vosotros. Que el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero día. *Bien oyes cuán abiertamente te dice, que no tendrás vida si no comes su carne, y si no bebes su sangre. No la tendréis, dice, en vosotros, esto es, dentro de vuestro cuerpo no la tendréis. Mas á quién no tendréis? á la vida. Vida llama convenientemente á su carne de vida, porque ella es la que en el día último nos ha de resucitar. Y deciros he cómo. Esta carne viva, por ser carne del Verbo unigénito, posee la vida, y así no la puede vencer el morir: por donde si se junta á la nuestra, alanza de nosotros la muerte; porque nunca se aparta de su carne el Hijo de Dios. Y porque está junto, y es como uno con ella; por eso dice, y yo le resucitaré en el día postrero. Y en otro lugar, el mismo Doctor dice así (1): Es de advertir que el agua, aunque es de naturaleza muy fría, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su frialdad natural, no cabe en sí de calor. Pues nosotros por la misma manera, dado que por la naturaleza de nuestra carne somos mortales: participando de aquella vida, que nos retira de nuestra natural flaqueza, tornamos á vivir por su virtud propia de ella. Porque convino, que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espíritu Santo, mas que también este cuerpo tosco y terreno fuese hecho inmortal, con el gusto de su metal, y con el tacto de ello, y con el mantenimiento. Pues como la carne del Salvador es carne vivifica, por razón de estar ayuntada al Verbo, que es vida por naturaleza; por eso cuando la comemos, tenemos vida en nosotros, porque estamos unidos con aquello que está hecho vida. Y por esta causa Cristo, cuando resucitaba á los muertos, no solamente usaba de palabra y de mando como Dios, mas algunas veces les aplicaba su carne como juntamente obradora, para mostrar con el hecho, que también su carne, por ser suya y por estar ayuntada con él, tenía virtud de dar vida. Esto es de Cirilo.*

Ansi que la mala disposición que puso en nosotros el primer manjar, nos obliga á decir, que el cuerpo de Cristo, que es su contrario, es causa que haya en el nuestro, por secreta

(1) In Joan. Ev., lib. iv, cap. 14.

y maravillosa virtud, nueva pureza y nueva vida. Y lo mismo podemos ver si ponemos los ojos en lo que se puso por blanco Cristo en cuanto hizo, que es declararnos su amor por todas las maneras posibles. Porque el amor, como platicábadnos agora, Juliano y Sabino, es unidad, ó todo su oficio es hacer unidad: y cuanto es mayor y mejor la unidad, tanto es mayor y más excelente el amor. Por donde cuanto por más particulares maneras fueren uno mismo dos entre sí, tanto sin duda ninguna se tendrán más amor. Pues si en nosotros hay carne y espíritu, y si con el espíritu ayunta el suyo Cristo por tantas maneras, poniendo en él su semejanza, y comunicándole su vigor, y derramando por él su espíritu mismo; no os parecerá, Juliano, forzoso el decir, ó que hay falta en su amor para con nosotros, ó que ayunta también su cuerpo con el nuestro, cuanto es posible ayuntarse dos cuerpos? Mas quién se atreverá á poner mengua en su amor en esta parte, el cual por todas las demás partes es sobre todo encarecimiento extremado? Porque pregunto, ó no le es posible á Dios hacer esta unión, ó hecha, no declara ni engrandece su amor, ó no se precia Dios de engrandecerle? Claro es, que es posible; y manifiesto, que añade quilates; y notorio y sin duda, que se precia Dios de ser en todo lo que hace perfecto. Pues si esto es cierto, cómo puede ser dudoso, si hace Dios lo que puede ser hecho, y lo que importa que se haga para el fin que pretende? El mismo Cristo dice rogando á su Padre (Joan., c. xvii, vv. 21, 22): *Señor, quiero que Yo y los míos seamos una misma cosa, así como Yo soy una misma cosa contigo.* No son una misma cosa el Padre y el Hijo solamente porque se quieren bien entre sí, ni sólo porque son así en voluntades como en juicios conformes; sino también porque son una misma sustancia, de manera que el Padre vive en el Hijo, y es un mismo ser y vivir el de entrambos.

Pues así, para que la semejanza sea perfecta cuanto ser puede, conviene sin duda que á nosotros los fieles entre nosotros, y á cada uno de nosotros con Cristo, no solamente nos anude y haga uno la caridad, que el espíritu en nuestros corazones derrama; sino que también en la manera del ser, así en la del cuerpo, como en la manera del alma, seamos todos uno cuanto es hacedero y posible. Y conviene que siendo mu-